

El faro de Ajo

El faro todas las noches soñaba con su unicidad. En su sueño era una pequeña piedra amontonada entre piedras iguales a él, una más entre millones, conglomerado vulgar. Nada destacaba en su superficie porosa, la existencia acontecía para él banal e insignificante, sensación que no desaparecía al despertar.

—Hasta mi color es anodino —se lamentaba el faro en su soledad.

Porque, como los demás faros, aquel faro había sido pintado de blanco para que su huella luminosa fuera mayor. Sin embargo, nuestro faro estaba aburrido de su acontecer humilde y su tonalidad lechosa. El faro ambicionaba un futuro lleno de colores, alzarse por encima del légamo de la monotonía.

—Ojalá fuese de oro y mis brillos dorados se viesan a millas de distancia —anhelaba en silencio—. O mejor aún, ¡de bismuto!

Y es que el faro había escuchado en alguna ocasión que el bismuto se trataba de un elemento químico tan escaso como el oro, pero que además poseía una cualidad especial: ¡sus átomos eran tan pesados que sería el último elemento en extinguirse en el universo! Y precisamente eso y no otra cosa perseguía el faro: la inmortalidad.

No obstante, las décadas transcurrían y el faro persistía en su intrascendencia. Sin alardes, cumplía su misión de iluminar las oscuras noches del mar Cantábrico. Para más inri, su color blanco comenzó a ensuciarse y el metal de su interior a oxidarse. ¿Aquella sería toda su existencia? ¿Marchitarse hasta tornar chatarra y escombros?

Pero quiso la cosa que, cuando había perdido toda esperanza, un día se vio rodeado de andamios. Era el año 2020 y un hombre se subió al faro para comenzar a dibujar brillos grisazulados en su superficie, tonos pastel en sus mejillas, teselas multicolores sobre su tórax de hormigón. ¡Aquello era lo que el faro siempre había deseado y más! Cuando el artista Okuda terminó, el faro se erigía como una construcción realmente excepcional. Su rostro punteado de afilados triángulos y pecas redondeadas como lágrimas conseguían hacer a la gente sonreír. Sonreír por nada, por existir.

—Ahora sí —se jactaba interiormente el faro con discreta emoción, incluso con orgullo, gustándose.

De la misma manera que el bismuto, eterno e inimitable, había sido necesaria la oxidación para abandonar el blanco y lograr cristalizar en mil maclas iridiscentes.

